

Globethics Repository



El futuro de la polarización global [The future of global polarization]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Amin, Samir
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-16 08:13:37
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220086

El futuro de la polarización global

Amin, Samir

Samir Amin: Cientista social egipcio. Director del Foro del Tercer Mundo (Dakar, Senegal). Autor de estudios y contribuciones teóricas sobre la problemática de las naciones en desarrollo. Entre sus libros se cuentan *Clase y nación* y *Eurocentrismo*.

En lugar de justificar la progresiva globalización, la crisis actual deja al descubierto su extrema vulnerabilidad. La erosión del viejo sistema global no es capaz de preparar su propia sucesión y sólo puede conducir al caos. Mientras tanto, las fuerzas dominantes despliegan sus actividades en el marco de estas limitaciones, en un esfuerzo por maniobrar a fin de lograr ganancias a corto plazo, con lo que agravan la crisis. Una respuesta humanista al desafío que plantea la globalización inaugurada por la expansión capitalista puede ser idealista, pero nunca es utópica. Más bien constituye el único proyecto realista posible.

1. Desde la antigüedad, la historia se ha caracterizado por el desigual desarrollo de las regiones. Pero es sólo en la era moderna que la polarización se convierte en el subproducto inherente de la integración de todo el planeta al sistema capitalista. La polarización moderna ha aparecido bajo formas sucesivas durante la evolución del modo capitalista de producción:

1) La forma mercantilista (1500-1800), antes de la revolución industrial, moldeada por la hegemonía del capital comercial en los principales centros del Atlántico y la creación de las zonas periféricas (América) en función de su total sumisión a la lógica de la acumulación de capital comercial.

2) El denominado modelo clásico, que surgió a raíz de la revolución industrial y que a partir de entonces definió las formas básicas, mientras que las periferias - progresivamente todo Asia (excepto Japón) y Africa, que se agregaron a América Latina siguieron siendo rurales y no industrializadas; debido a esto, su participación en la división internacional del trabajo se realizó a través de la agricultura y la producción mineral. Esta importante característica de la polarización estuvo acompañada por un segundo rasgo igualmente fundamental: el establecimiento de sistemas netamente industriales en forma de sistemas nacionales centralizados, que

tuvo lugar paralelamente a la construcción de los Estados nacionales burgueses. Estas dos características representan las líneas dominantes de la ideología de la liberación nacional, que fue la respuesta al desafío planteado por la polarización: a) el objetivo de considerar la industrialización un sinónimo de progreso liberador y un medio de «actualizarse»; b) el objetivo de construir naciones-Estado inspiradas en los modelos afianzados del centro. Así quedó definida la ideología de la modernización. Esta forma clásica de polarización determinó el sistema mundial posterior a la revolución industrial (después de 1800) y hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

3) En el período de la posguerra (1945-1990) se produce el progresivo deterioro de las dos características arriba mencionadas. Esta etapa se caracteriza por la industrialización de las periferias - un proceso desigual, sin duda, pero fue el factor dominante en Asia y Latinoamérica -, que el movimiento de liberación nacional intentó acelerar en los Estados que recientemente habían recuperado su autonomía nacional. En este período se verifica simultáneamente el desmantelamiento progresivo de los sistemas de producción nacional centralizados y su recomposición como elementos constitutivos de un sistema mundial de producción integrado. Este doble deterioro representa una nueva manifestación del arraigamiento de la globalización.

4) La acumulación de estas transformaciones tuvo como resultado el colapso del equilibrio que caracterizaba el sistema mundial de posguerra. No se dirige hacia un nuevo orden mundial caracterizado por nuevas formas de polarización, sino hacia un «desorden mundial». El caos que enfrentamos hoy proviene del triple fracaso de un sistema que no ha desarrollado nuevas formas de organización política y social que vayan más allá de la nación-Estado - un nuevo requerimiento del sistema de producción globalizado -, que no ha desarrollado relaciones económicas y políticas capaces de reconciliar el surgimiento de la industrialización en las zonas periféricas recientemente competitivas de Asia y América Latina con el objetivo del crecimiento mundial; que sólo ha sabido establecer una relación de exclusión con la periferia africana, la cual no está comprometida en una industrialización competitiva. Este caos resulta visible en todas las regiones del mundo y en cada una de las facetas de la crisis política, social e ideológica. Está presente en la raíz de las dificultades surgidas en la construcción de Europa y su incapacidad de lograr una integración económica y al mismo tiempo establecer estructuras políticas integracionistas. Es la causa de las convulsiones en todas las periferias de Europa oriental, del Tercer Mundo que tradicionalmente ha estado semiindustrializado, y del nue-

vo y marginalizado Cuarto Mundo. En lugar de apuntalar la progresión de la globalización, el caos actual deja al descubierto su extrema vulnerabilidad.

5) El predominio de este caos no debe impedimos pensar en escenarios alternativos para un «nuevo orden mundial», incluso aunque haya muchos y diferentes «órdenes mundiales» posibles. Lo que intento hacer es llamar la atención sobre cuestiones que fueron ignoradas por el triunfalismo suscitado con la inexorabilidad del proceso de globalización, al mismo tiempo que revela su precariedad. El lector habrá descubierto, sin duda alguna, que este análisis del capitalismo mundial no se centra en la cuestión de las hegemonías. No suscribo a la escuela de las sucesivas hegemonías de la historiografía. El concepto de hegemonía es frecuentemente estéril y no científico, debido a que ha sido definido muy vagamente. No me parece que deba ser el centro del debate. Por el contrario, he cultivado la idea de que la hegemonía está lejos de ser la norma; constituye la excepción, ya que la norma es el conflicto entre las partes, situación que pone fin a la hegemonía. La hegemonía de Estados Unidos, aparentemente en vigencia hoy - quizás por ausencia de rival -, es tan frágil y precaria como la globalización de las estructuras a través de las cuales opera.

2. En mi opinión, el debate debería comenzar con una discusión a fondo sobre qué hay de nuevo en el sistema mundial que haya sido originado por la erosión del sistema anterior. Considero que existen dos elementos nuevos: el deterioro de la nación-Estado centralizada y la subsecuente desaparición del vínculo entre la esfera de la reproducción y la acumulación y la del control político y social, que hasta ahora había sido determinado precisamente por las fronteras de esta nación-Estado centralizada; y la caducidad del contraste entre regiones centrales industrializadas y regiones periféricas no industrializadas, y el surgimiento de nuevas dimensiones de polarización.

La posición de un país en la pirámide internacional viene determinada por su capacidad de competir en el mercado mundial. Reconocer esta perogrullada de ninguna manera implica compartir la visión del economista burgués, en el sentido de que esta posición es lograda como resultado de adoptar medidas «racionales», para las cuales la racionalidad es medida por el patrón de las llamadas «leyes objetivas del mercado». Por el contrario, pienso que esta competitividad es el complejo producto de muchos factores económicos, políticos y sociales. En esta desigual lucha, los centros emplean lo que denominó sus «cinco monopolios». Estos monopolios desafían la totalidad de la teoría social. Ellos son:

1) Monopolio tecnológico: requiere grandes gastos que sólo un Estado grande y rico puede afrontar. Sin el respaldo del Estado algo que el discurso liberal no menciona -, de crucial importancia para los gastos militares, la mayoría de estos monopolios no duraría.

2) Control de mercados financieros mundiales: estos monopolios poseen una eficacia sin precedentes, gracias a la liberalización de las normas que gobiernan su sistema. Hasta hace poco, la mayor parte de los ahorros de una nación sólo podían circular dentro del ámbito - en gran medida nacional - de las instituciones financieras. Hoy estos ahorros son manejados de manera centralizada por instituciones cuyas operaciones se desarrollan a escala mundial. Hablamos de capital financiero, el componente más globalizado del capital. La lógica de esta globalización de las finanzas puede ser puesta en tela de juicio mediante una sencilla decisión política de desvinculación, incluso si se restringe al ámbito de las transferencias financieras. Es más, creo que las normas que gobiernan el libre movimiento de capital financiero se han vuelto inservibles. Este sistema se basaba en la libre oscilación de divisas en el mercado (de acuerdo a la teoría de que el dinero es una mercancía como cualquier otra), en el cual el dólar servía de facto como moneda universal. Esta teoría, que considera el dinero una mercancía, no es científica, y la posición del dólar sólo se debe a la falta de algo mejor. Una moneda nacional no puede cumplir las funciones de una divisa internacional, a menos que exista un excedente de importaciones en el país de la «divisa internacional», lo que obliga a ajustes estructurales en otros países. Ese era el caso de Gran Bretaña a finales del siglo XIX. No es el caso actual de EEUU, que financia sus déficits mediante préstamos impuestos. Tampoco es el caso de los competidores de EEUU: el superávit de Japón (el de Alemania desapareció después de la reunificación) no es suficiente para cubrir las necesidades financieras ocasionadas por los ajustes estructurales. Bajo estas condiciones, la globalización financiera, muy lejos de ser un proceso «natural», presenta una fragilidad externa. A corto término conduce sólo a una inestabilidad permanente y no a la estabilidad necesaria para la operación eficiente de los procesos de ajuste.

3) Monopolios de acceso a los recursos naturales del planeta: los peligros de la explotación indiscriminada de estos recursos adquieren ahora visos planetarios. El capitalismo, orientado por una racionalidad de corto alcance, no puede superar los peligros que conlleva este imprudente comportamiento, y por lo tanto refuerza los monopolios de países ya desarrollados. Su preocupación se limita a no permitir que otros sean igualmente irresponsables.

4) Monopolios de medios de comunicación: no sólo conducen a una uniformidad de la cultura, sino que también inauguran nuevos medios de manipulación política. La expansión del moderno mercado a los medios se ha convertido en uno de los principales componentes del deterioro de las prácticas democráticas dentro del mismo Occidente.

5) Finalmente, monopolios de armas de destrucción masiva: mantenido a raya por la bipolaridad de la posguerra, este monopolio es una vez más posesión exclusiva de EEUU, como lo fue en 1945. Aunque se corra el riesgo de que la «proliferación» se salga de control, constituye la única forma de combatir este inaceptable monopolio en ausencia de un control democrático internacional.

Estos cinco monopolios, tomados como un todo, definen el marco dentro del cual opera la ley del valor globalizado. La ley del valor es la expresión condensada de todas estas condiciones, a duras penas la expresión de una racionalidad económica objetivamente «pura». Todos estos procesos, su condicionamiento, anulan el impacto de la industrialización en las periferias, devalúa su trabajo productivo y sobrevalora el supuesto valor agregado a las actividades de los nuevos monopolios, de los cuales los centros extraen beneficios. El resultado es una nueva jerarquía en la distribución del ingreso a escala mundial, más desigual que nunca antes, la cual subordina las industrias de las periferias, reduciéndolas a la categoría de subcontratadas. Este es el nuevo cimiento de la polarización, presagio de sus formas futuras.

3. Contrariamente al discurso ideológico dominante, sostengo que una «globalización a través del mercado» constituye una utopía reaccionaria. Debemos contrarrestarla mediante el desarrollo de un proyecto humanista alternativo de globalización que esté acorde con una perspectiva socialista.

La realización de tal proyecto implica la construcción de un sistema político global que no esté al servicio de un mercado mundial, sino que defina sus parámetros, de la misma forma en que la nación-Estado representó históricamente el marco social del mercado nacional y no su área de despliegue. Un sistema político global tendría entonces grandes responsabilidades en cada uno de los siguientes cuatro campos:

1) La organización del desarme mundial para llegar a niveles adecuados, lo que liberaría a la humanidad de la amenaza del holocausto nuclear y otras pesadillas.

2) La organización del acceso a los recursos del planeta de manera igualitaria, de forma que hubiese cada vez menos desigualdad. Debería generarse un proceso global de toma de decisiones que incluya una valoración (tarificación) de recursos, la cual haría obligatorias la reducción de pérdidas y la distribución del valor y del ingreso de estos recursos. Esto también constituiría el inicio de un sistema fiscal globalizado.

3) La negociación de relaciones económicas abiertas y flexibles entre las principales regiones del mundo que se encuentran desigualmente desarrolladas. Esto reduciría progresivamente los monopolios tecnológicos y financieros de los centros. Por supuesto, ello significa la liquidación de las instituciones que actualmente dirigen el mercado mundial (Banco Mundial, FMI, GATT, etc.) y la creación de otro sistema para manejar la economía mundial.

4) El inicio de negociaciones para el correcto manejo de la dialéctica mundial/nacional en las áreas de comunicación, cultura y política. Esto implica la creación de instituciones políticas que representarían intereses sociales y operarían a escala mundial, el comienzo de un «parlamento mundial» que iría más allá de los mecanismos interestatales que existen actualmente.

Una «globalización a través del mercado» constituye una utopía reaccionaria. Debemos contrarrestarla mediante el desarrollo de un proyecto humanista alternativo de globalización que esté acorde con una perspectiva socialista.

4. Es más que evidente que las tendencias actuales no siguen la dirección arriba descrita y que no es por los objetivos humanistas por los que se lucha hoy. No me sorprende. Me sorprendería si no fuera así. El deterioro del viejo sistema de globalización no es capaz de preparar su propia sucesión y sólo puede conducir al caos. Las fuerzas dominantes despliegan sus actividades en el marco de estas limitaciones, en un esfuerzo por maniobrar a fin de lograr ganancias a corto plazo, con lo que agravan la crisis. Su intento de legitimar sus escogencias mediante la vieja ideología mercantil de la «autorregulación», afirmando que «no hay alternativa», o mediante puro y simple cinismo, no es la solución, sino parte del problema. Las respuestas espontáneas de los pueblos a la degradación no son necesariamente más útiles. En un tiempo de extravío, las soluciones ilusorias, como el fundamentalismo o el chauvinismo, pueden tener gran poder de convocatoria. Es tarea de la izquierda - es decir, su misión histórica - formular, en teoría y práctica, una respuesta humanista al desafío. En su ausencia, y hasta que no sea formulada, escenarios regresivos y criminales están probablemente a la orden del día.

Las dificultades que enfrenta el proyecto europeo en la actualidad constituyen una buena ilustración del impasse de la «globalización mediante mecanismos de mercado». En la primera ola de entusiasmo por el proyecto europeo, nadie vislumbró estas dificultades. Sin embargo, fueron perfectamente predecibles para personas que nunca creyeron que el mercado común por sí mismo pudiera crear Europa. Dijimos que un proyecto tan ambicioso como éste no podría ser logrado sin una izquierda capaz de hacerlo social y culturalmente progresivo. De lo contrario seguiría siendo frágil, y el menor de los accidentes sería fatal. Por lo tanto era necesario que los movimientos de izquierda europeos se aseguraran de que cada paso de la integración de los mercados estuviera acompañado de una doble serie de medidas - por una parte, que aseguraran que los beneficios se dirigieran a los trabajadores, lo que reforzaría su poder social y su unidad; y por otra, que iniciaran la construcción de un sistema político que reemplace la nación-Estado y se constituya en la única unidad capaz de manejar efectivamente un mercado ampliado. Esto no ocurrió. El proyecto europeo, en manos de la derecha, fue reducido a proporciones mercantilistas, y la izquierda finalmente le ofreció respaldo sin imponer ninguna de sus condiciones. El resultado es lo que vemos frente a nosotros: la caída económica colocó a los socios europeos en una posición adversa sólo pueden imaginar soluciones a sus problemas (entre los que destaca el desempleo) a expensas de otros, y ni siquiera poseen herramientas efectivas para hacer eso. Cada vez se sienten más inclinados a emprender retrocesos involutivos. Incluso los esfuerzos sinceros realizados por políticos franceses y alemanes de derecha y de izquierda dirigidos a evitar tal acción no han sido más que invocaciones.

La Europa pequeña (la Unión Europea) experimenta problemas al mismo tiempo que la Europa grande da un nuevo significado al desafío. Esta es una oportunidad para que la izquierda reconsidere el proyecto europeo como un todo y comience la construcción de una Europa grande, política y económicamente confederada, que esté arraigada en la izquierda por una fuerza laboral europea reconstruida y unida. Hasta ahora ha perdido esta oportunidad, y, por el contrario, ha apoyado a fuerzas de la derecha que estaban impacientes por sacar provecho del colapso del imperio soviético, sustituyéndolo por un capitalismo desenfrenado. Es obvio que la «latino-americanización» de Europa oriental sólo puede debilitar las probabilidades de éxito de un proyecto europeo basado en la izquierda, y que esto a su vez sólo puede acentuar el desequilibrio entre los socios de la CE para beneficio del único de ellos capaz de sacar provecho de esta evolución: la Alemania reunificada.

La crisis del proyecto europeo es uno de los mayores desafíos que enfrenta la construcción de una nueva globalización. Pero estas manifestaciones de involución, estas respuestas trágicas e inadecuadas al reto que plantea la edificación de un sistema mundial renovado, no se encuentran sólo en Europa. Se aprecian en todo el ex-Tercer Mundo, especialmente en regiones marginalizadas por el colapso del viejo orden mundial (áreas del subsahara africano y árabe-islámicas), y también en el nuevo Tercer Mundo del Este (como la ex-URSS y la ex-Yugoslavia), donde vemos involuciones autodestructivas en lugar de respuestas a la altura del desafío.

5. Ante este panorama hay pocos escenarios que sean propuestos en términos realistas. Examinaré varios de ellos y mostraré que no responden a las exigencias de la construcción de un orden mundial aceptable y estable. De allí que no ofrezcan una salida del caos. La cuestión europea se encuentra en el centro del proceso de teorización respecto al futuro de la globalización. A raíz del colapso del proyecto europeo y la amenaza de desintegración, fuerzas fieles a la idea de Europa podrían considerar útil y posible reagruparse en su «segunda mejor» posición, es decir, una Europa alemana. Hay razones para creer que en este escenario la nave británica navegaría cerca de las costas estadounidenses, manteniendo su distancia de la «Europa continental». Ya hemos comenzado este camino, y algunos incluso han legitimado este rumbo al dar prioridad a la «administración neutral del dinero» (un concepto tecnocrático basado en la ignorancia del significado político de la administración del dinero) y confiarla (¿a quién más?) al Bundesbank. No creo que esta caricatura del proyecto europeo original pueda ser verdaderamente estable, debido a que ni Rusia ni Francia aceptarán el debilitamiento de sus posiciones, algo implícito en la misma.

Para empeorar las cosas, la posición preferencial de EEUU no se ve desafiada en los escenarios de una Alemania independiente o de una Europa alemana. Tampoco está claro si hay algo en este proyecto que pueda desafiar a EEUU en cualquiera de las áreas de los cinco monopolios ya discutidos. Una Europa alemana permanecería dentro de la órbita estadounidense.

Hay un segundo escenario, por falta de alternativa, una segunda edición de la «hegemonía estadounidense». Existen muchas variaciones. La más probable es un «compartir la carga» asociado con una regionalización neoimperialista, en la cual América Latina estaría enganchada al carromato de EEUU y África al de una Europa alemana (las migajas para Francia), pero no la región petrolera del Golfo ni el «mercado común del Medio Oriente», que seguiría siendo del dominio de EEUU. La presencia estadounidense es sentida por la ocupación militar del Golfo, e indi-

rectamente por su alianza con Israel. Y, se podría decir, por la simetría de dejar el sur de Asia a la expansión japonesa. Pero no hay igualdad implícita en esta división entre los tres centros analizados arriba; EEUU mantiene su posición privilegiada. Aquí tampoco creo que las opciones neoimperialistas de este tipo garanticen la estabilidad del sistema. Serán puestas en discusión por revueltas en América Latina, Asia y Africa.

Por lo tanto, deberíamos centrar nuestra atención en Asia, que se ha mantenido bastante apartada del conflicto euro-estadounidense. A menudo se ha hecho la observación de que Asia - desde Japón hasta la China comunista, Corea y, en menor grado, ciertos países del sudeste asiático (Singapur, Tailandia, Malasia), e incluso India - no ha sido afectada por la crisis y ha registrado éxitos en términos de crecimiento y eficiencia (medidos por la competitividad en el mercado mundial). Uno no puede hacer vaticinios a la ligera y decir que Asia será el centro de la próxima hegemonía. Asia, en este concepto globalizador, representa más de la mitad de la población mundial. Esta población está dividida entre distintos Estados. Podríamos sustituir un vago concepto de hegemonía por el de un continente asiático que se convierte en la principal región de acumulación capitalista. Falta por describir detalladamente cómo está ocurriendo esto, la articulación entre las diferentes naciones y entre ellas y el resto del mundo. Hay variaciones en este modelo. La más fácil de imaginar - la dominación del imperialismo japonés en la región - es, en mi opinión, la menos factible. Los admiradores del reciente éxito nipón subestiman frecuentemente la vulnerabilidad de Japón. Es debido a esta vulnerabilidad que Japón sigue atado a EEUU. No es muy probable que China o incluso Corea acepten estar subordinados a Japón. Bajo estas condiciones, el mantenimiento de un equilibrio interasiático dependería de fuerzas externas a la región y, una vez más, sólo EEUU es candidato a ocupar este puesto, lo que prolongaría su primacía en la escena mundial.

No obstante, es altamente probable que la posición de estos países asiáticos en el sistema mundial se vea reforzada. ¿Cómo reaccionará EEUU a esto? Todas las estrategias de alianza, en mi opinión, girarán alrededor de esta cuestión. Casi no hace falta ni decir que el desarrollo de China amenaza todos los equilibrios mundiales. Y es por ello que EEUU se sentirá amenazado por ese desarrollo. Opino que EEUU y China serán los mayores antagonistas en el conflicto futuro. ¿Cuál será la actitud de Europa? Es difícil de prever hoy.

6. Los acontecimientos actuales sugieren diferentes escenarios posibles, ninguno de los cuales cuestiona la causa de la polarización Norte-Sur. La lógica que comanda

al sistema capitalista perpetúa la polarización centro/periferia. Sus modos de operación siempre son renovados, y en el futuro tendrán como base los cinco monopolios en torno a los cuales construí mi tesis.

Se podría decir que no hay nada nuevo desde esta perspectiva, debido a que la polarización es prácticamente parte del orden natural de las cosas. No concluyo con esta observación precisamente porque esto es lo que ha cambiado en los últimos cinco siglos: los pueblos que quedaron en la periferia como consecuencia de la expansión mundial capitalista y que por largo tiempo parecieron aceptar su suerte, ya no la aceptan desde hace 50 años, y cada vez lo harán menos en el futuro. El aspecto positivo de la universalización que inauguró el capitalismo - y que no puede ir más allá de su actual versión truncada - es el gusano en la fruta. Las revoluciones rusa y china abrieron el camino para ir más allá del sistema sobre la base de revueltas de pueblos periféricos, - y esto será continuado en nuevas versiones. La explicación final de la inestabilidad de los «sistemas mundiales» actuales se encuentra aquí. Por supuesto, los conflictos que ocuparán la primera plana en el futuro no serán todos, como de costumbre, de igual importancia. Intuitivamente asignaría el carácter de determinante a los conflictos en que se vean enfrentados los pueblos asiáticos y los sistemas dominantes. Esto no significa que otros no participarán en esta revuelta generalizada contra la polarización, así como tampoco significa que transformaciones y progreso no emanarán desde los mismos centros del sistema. En otro lugar he escrito acerca de este aspecto de la problemática de la transformación socialista del mundo, y no ahondaré en ello aquí. Esta no excluye fracasos, los cuales pueden ser dramáticos cuando la gente rehusa firmemente una perspectiva universalista.

Una respuesta humanista al desafío que plantea la globalización inaugurada por la expansión capitalista puede ser idealista, pero no es utópica. Por el contrario, es el único proyecto realista posible. Sólo tenemos que comenzar a desarrollarlo, y poderosas fuerzas sociales saldrán en su apoyo desde todas las regiones del mundo. Esta es la forma de renovar la perspectiva del socialismo global. Como preparación, las fuerzas ideológicas y políticas deben reagruparse a fin de ser capaces de combatir los cinco monopolios que producen el capitalismo. Este combate creará las condiciones para un «ajuste mutuo». En esta lucha tenemos que reconsiderar cuestiones fundamentales del frente ideológico cultural: la dialéctica universal/particular; la relación entre democracia política y progreso social; la dialéctica de la denominada eficiencia económica (y las formas en que es expresada: el «mercado») y los valores de igualdad y fraternidad; la definición de un objetivo socialista global a la luz de todo lo anterior.

Los acontecimientos actuales sugieren diferentes escenarios posibles, ninguno de los cuales cuestiona la causa de la polarización Norte-Sur. La lógica que comanda el sistema capitalista perpetúa la polarización centro/periferia.

En el frente político tenemos que desarrollar formas organizativas mundiales que sean más auténticamente democráticas, de forma que puedan remodelar las relaciones económicas con miras a que haya cada vez menos desigualdad. Bajo esta perspectiva me parece altamente prioritario reorganizar el sistema global sobre la base de grandes regiones, las cuales agruparían zonas esparcidas de las periferias. Este sería el lugar para la constitución de regiones latinoamericanas, árabes, africanas y del sudeste asiático, junto a China e India (los únicos países continentales de nuestro planeta). Propongo que este objetivo reciba un tratamiento prioritario en la nueva agenda del Movimiento de Países No Alineados. Los agrupamientos regionales no excluyen otros como Europa o la ex-URSS. El motivo de esta exigencia es simple: es sólo en esta escala que se pueden combatir efectivamente los cinco monopolios de nuestro análisis. La construcción de un sistema económico y financiero verdaderamente global se hace posible sobre esta base. Por supuesto, la transformación del mundo siempre comienza con luchas en su base. Porque sin cambios en las bases nacionales de los sistemas ideológicos, políticos y sociales, cualquier discusión acerca de globalización y polarización no será más que letra muerta.

Traducción del inglés: José Peralta

Nota bibliográfica

El presente texto contienen conclusiones derivadas de discusiones desarrolladas en:

- L'empire du chaos, Harmattan, París, 1992.
- Itinéraire intellectuel, Harmattan, París, 1993.
- L'ethnicité à l'assaut des nations, Harmattan, París, 1993.
- Mondialisation et accumulation, Harmattan, París 1993.
- Le système monétaire international est caduc, par quoi le remplacer? (en prensa).
- Renouvellement ou érosion de la loi de la valeur? (en prensa).
- La gauche occidentale vue du tiers monde (en prensa).

Referencias

- *Anónimo, L'EMPIRE DU CHAOS. - París, Francia, Harmattan. 1992;

- *Anónimo, ITINERAIRE INTELLECTUEL. - París, Francia, Harmattan. 1993;
- *Anónimo, L'ETHNICITE A L'ASSAUT DES NATIONS. - París, Francia, Harmattan. 1993;
- *Anónimo, MONDIALISATION ET ACCUMULATION. - París, Francia, Harmattan. 1993;
- *Anónimo, LE SYSTEME MONETAIRE INTERNATIONAL EST CADUC, PAR QUOI LE REMPLA-
CER?. -
- *Anónimo, RENOUVELLEMENT OU EROSION DE LA LOUI DE LA VALEUR. -
- *Anónimo, LA GAUCHE OCCIDENTALE VUE DU TIERS MONDE. -